

Prosa ajena

■ ■ José Roberto Mendirichaga*

El escritor Miguel Covarrubias nos entrega un cuidadoso trabajo de traducción del francés y del alemán, donde tres cuartas partes del material son inéditas. En *Prosa ajena (aunque no tanto)* se incluyen, entre otros, textos de Madeleine Chapsal (escritores); Max Milner y Claude Pichois (Nerval y Baudelaire); Jean d'Ormesson (lectura); Yves Bonnefoy (Rimbaud); Paul Éluard (Marqués de Sade); Antonin Artaud (Abelardo y Eloísa); Jean-Paul Sartre (filosofía y teatro); Maurice Merleau-Ponty (Einstein); Albert Camus (carta a su maestro); Marguerite Duras y Jean-Luc Godard (literatura y cine); Jean Tardieu (teatro); Jules Romains (Alfonso Reyes); Paulette Patout (Raúl Rangel Frías); Ingeborg Bachmann (Brecht); Agnès Verlet (pintura); Juliette Bertron (escultura), y André Breton (Frida Kahlo).

En “Sobre advertencia”, el autor escribe: “[...] En el libro anterior de este género, *Archivo de traducciones*, una quinta parte de los materiales no se habían publicado previamente. Las causas de esta desproporción no vale la pena dictaminarlas. O lo cierto es que, para decirlo rápido, podemos proclamar el triunfo de la arbitrariedad, del desenfado, del empecinamiento. Las obras literarias verdaderamente artísticas –al decir de Borges– superan las malas traducciones. Sobreviven a pesar de los pesares. Ojalá los lectores de este libro no se vean en el penoso caso de tener que aceptar a regañadientes que lo que llegó a sus manos [...]”.

Pero no será lo anterior. Van algunos ejemplos del material incluido: de Madeleine Chapsal, en “Los escritores en persona”: “Pero el escritor tiene un rostro, una voz, un acento definido. No se le puede confundir con otro. Ya se trate de una palabra dicha o escrita, de una manera de estar allí o de sustraerse, tenemos un estilo. Tal vez el estilo consiste en aprovecharnos de la carencia. O en dejarla pasar” (p. 23); de Charles Juliet, en “Por qué escribir”: “Escribir para vivir mejor. Participar

mejor de la vida. Aprender a amar mejor. Escribir para que me sean concedidos esos instantes de felicidad donde el tiempo se fractura y donde, sumergido en el origen, pueda acceder a lo intemporal, lo imperecedero, lo ilimitado” (p. 41); de Max Milner y Claude Pichois, en “Nerval y Baudelaire”: “La poesía exige un compromiso completo del autor y supone una respuesta activa del ‘hipócrita lector’ convencido de participar en la creación. A juzgar por las influencias creativas que ha ejercido, la obra de Nerval, quien por mucho tiempo fue ignorado, puede parecer más actual. Baudelaire ha dominado la época simbolista. Pero el sueño nervaliano se insinúa en el surrealismo [...]” (p. 74).

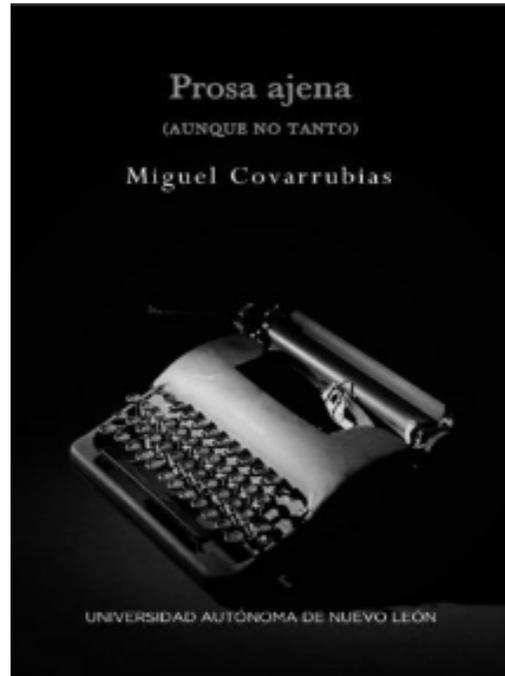
Sigamos. En *Prosa ajena* [...] hay textos reivindicatorios, como el de Paul Éluard en “La inteligencia revolucionaria. El marqués de Sade (1740-1814)”, donde el poeta señala: “Sade fue perseguido durante toda su vida porque su delirio de libertad jamás tuvo barreras, porque su genio reveló sin pudor todos los instintos humanos y denunció las hipócritas relaciones del hombre con sus semejantes [...] Es muy difícil desenmarañar la verdadera vida de Sade a través del tejido de engañosas acusaciones de que fue objeto [...]” (p. 123); críticos, como el de Alain Jouffroy sobre la frase “Puerta abierta”, de Antonin Artaud, en la que el escritor define al teatro, en visión integradora, como “el lugar donde todo sucede y en donde todo debe morir para que algo más nazca y para que la realidad, una realidad ‘conectada’ con el pensamiento, finalmente aparezca [...]” (p. 131); o filosóficos, como el de Jean d'Ormesson, en “¿La muerte es un comienzo?”, en el que el periodista sentencia: “El sistema del tiempo encierra nuestro presente, no todo pero sí una buena parte, entre dos dominios que escapan a nuestro poder: el pasado, lleno de sombra y de misterios, y el porvenir, desconocido [...] Somos muertos con prórroga. Proust, en una fórmula sobrecogedora, considera en alguna parte que los vivos son muertos que no han asumido sus funciones” (p. 251).

Vayamos con otros ejemplos más de lo que contiene *Prosa ajena* [...], de Miguel Covarrubias.

* Maestro en Letras Españolas por la UANL y doctor en Historia por la UIA. Profesor Emérito de la Universidad de Monterrey.

Hay referencia a lo nuestro en el texto de Marcelle Auclair, “Un gran escritor mexicano en París”, donde la franco-chilena apunta que Alfonso Reyes “encarna ese tipo perfecto de humanista que va más allá del letrado, ya que nada humano le es ajeno” (p. 323). Igualmente, en “Discreción y erotismo”, de Paulette Patout, acerca de *Kato*, de Raúl Rangel Frías: “El relato toma su interés y su gracia de la dichosa y original coexistencia que el autor ha sabido establecer entre la silenciosa discreción de las costumbres orientales y el erotismo de las ardientes noches mexicanas [...]” (p. 331). Y “Frida Kahlo”, de André Breton, en el que el padre del surrealismo declara: “Frida Kahlo se coloca valiosamente en el punto de intersección de la línea política (filosófica) y de la línea artística [...] El arte de Frida Kahlo es una cinta alrededor de una bomba” (pp. 381 y 383).

Prosa ajena (aunque no tanto) es, pues, una antología que refleja el profesional trabajo de un traductor de provincia. Las fichas biográficas de los autores e índice onomástico enriquecen la obra.



TÍTULO: *Prosa ajena (aunque no tanto)*
AUTOR: Miguel Covarrubias
EDITA: UANL
Año: 2019
436 páginas.